

ADOLFO BERRO

D. ADOLFO BERRO,

EL AZAHAR.

Flor sencilla á cuya vida
Breves horas marca el cielo,
Para imagen en el suelo
Del contento mundanal.

Es tu aroma regalado
Á mi espíritu doliente,
Cual de virgen inocente
El cercano respirar.

Tiernas hojas nacaradas
Te dió grata la natura,
Y á tu cáliz la amargura
De las hieles del amor.

En su negra cabellera
La hermosura te ensortija,
Ó tu trono alegre fija
En sus labios de rubí.

En ti encuentra blando alivio
El ausente que padece;
Tu belleza se le ofrece
La que su alma cautivó.

Y mirándote arrobado,
Mil recuerdos en su mente
Se despiertan blandamente:
¡Mil recuerdos de placer!

¡Cuántas veces mis temores,
Flor querida, disipaste!
¡Cuántas veces mitigaste
De mi amada la esquivéz!

Hoy de nuevo la esperanza
En ti el alma deposita;
¡La esperanza! que marchita
Veré luego con la flor.

EL ESCLAVO.

De luna que expira la luz macilenta
Las vías aclara del ancha ciudad;
Silencio doquiera la noche sustenta,
Y al sueño se libran virtud y maldad.

En tanto á la puerta de humana morada
Un hombre infelice se mira llorar;
Sus ojos, que brillan en faz atezada,
Parecen del cielo justicia implorar.

—¡Ay mísero—exclama con flébil acento—
De aquel á quien roba destino fatal
Amigos y deudos en solo un momento
Y lejos arroja del suelo natal!—

Sus lágrimas corren ardientes en vano,
Y en vano con ellas procura mover;
Que el blanco no mira con ojos de hermano
Al triste á quien negro le cupo nacer.

Nada queda á mi existencia
Arrojada con violencia
Á esta tierra de dolor.
El recuerdo me devora
Que me dice á toda hora:
Soy esclavo y fui señor.

Como sigue al condenado
Del verdugo ensangrentado
Fiera imagen ideal,
Que acrecienta los tormentos
De sus últimos momentos
En la vida terrenal;

Así acosa al africano
El aspecto del tirano
Que cautivo le llamó,
Y que injusto le condena
Á arrastrar servil cadena
De que el cielo le eximió.

¡Pobre negro! tus pesares
Se redoblan á millares
En la torpe esclavitud:
Que tu bárbaro destino
Es llorar y de continuo
Ver abierto el ataúd.

¡Por qué un alma noble me dieras, oh cielo,
Si liga coyunda mi fuerte cerviz,
Si miro doquiera mil rostros de hielo
Y escucho palabras de muerte, infeliz!

Iguales nos hizo la mano invisible
Del Dios sempiterno de paz y de amor,
Y en todos la llama prendió inextinguible,
Destello sublime del almo Señor.

En nave soberbia al Africa ardiente

El blanco codicia llevara y maldad;
Cautivo al inerte condujo insolente,
Violando las leyes de santa igualdad.

Hundirla en sus aguas al mar no le plugo,
Que senda espaciosa tranquilas le dan;
Y al negro condenan á bárbaro yugo,
Á vida infecunda de mísero afán.

Escucha la plegaria
¡Oh Padre de natura!
Que en llanto y amargura
Eleva el alma á ti.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Celebran tu justicia
En coros reverentes
Mil pueblos diferentes
Del Sur al Septentrion.
¿Y sólo tus miradas
No alcanza el africano?
¿Le apartas de tu mano,
Le libras al dolor?

Reservas al que ofende
La vida de tu hechura,
Tras larga desventura
La muerte de Cafn;
Y al blanco, que en crueza
Excede al tigre fiero,
¿Tu rayo justiciero
Señor, no alcanzará?
Escucha la plegaria
¡Oh Padre de natura!
Que en llanto y amargura

Eleva el alma á ti.
Destroza con tu soplo,
Que abate las naciones,
Las bárbaras prisiones
Del hombre de color.

Á LA MUERTE.

En vano, cruda Muerte,
En mí tu saña apuras:
Si están mis manos puras,
¿Qué mal podré temer?

La llama que á mi mente
Dió un día el alto cielo
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

El présago sonido
Que exhalas de tu boca,
Espante al que provoca
La lid de maldición.

Espante al que su patria
Sujeta á vil coyunda,
Y en crímenes se inunda
De atroz recordación.

Espante al que seduce
La cándida belleza,
Y en llanto é impureza
La mira sin horror.

Espante al que á su hermano
Conduce en cautiverio,
Ó lleva el adulterio
Al lecho del amor.

Si yo de paz proclamo
Las leyes á porfía;
Si odié la tiranía
Y al hombre desleal;

Si miro un nuevo hermano
De Dios en cada hechura;
Si en mí la desventura
Consuelo halló vital;

¿Por qué, sangrienta Muerte,
Tu saña me persigue?
El que inocente vive
¿Qué mal podrá temer?

La llama que á mi mente
Dió un día el alto cielo,
No esperes en el suelo
Tirana obscurecer.

AL JAZMÍN.

Blanca flor que en la mañana,
Empapada del rocío,
Das consuelo al pecho mío
Con tu aroma sin igual;

Vida tienes en la rama,
Cual mis dichas, un momento;
Que marchitas al aliento
Ceden luego del pesar.

Culto rinden á tu imperio
Las mosquetas y las rosas;
Que te ponen las hermosas
Para ornato allá en su sien.

En el llanto te formaste
De una virgen sin ventura,
Que del alma la amargura
Dió á tu cáliz al nacer.

Cuando cesa en alta noche
De los hombres el murmullo,
Abres luego tu capullo
Matizado de arrebol.

Y al brillar la luz serena
De la aurora apetejada,
En ti encuentra nueva vida
El inquieto picaflor.

Dió á tus hojas la natura
El color de la esperanza;
Que tu aroma sólo alcanza
Doblegar á la esquivez.

Yo te vi en el puro seno
De quien causa mis dolores;
La más bella entre las flores
Desde entonces te llamé.

De la cruz que mi sepulcro
Marque al pío viandante
No te apartes un instante,
Aromático jazmín.

Al mirarte así enlazado,
Pensativa y lacrimosa,
Dirá acaso alguna hermosa:
—Fué poeta é infeliz.

LA VIRGEN BAÑÁNDOSE.

Sobre la playa extendida
El mar sus ondas desliza,
Y en la arena movediza
Templa el ímpetu fugaz.

Ríela en las verdes aguas,
Del sol la luz placentera:
Cruza en tanto la ribera
Doncella de blanca tez.

No es más hermosa en el cielo,
De amor la fúlgida estrella;
No el azahar que descuella
En el florido jardín.

Sueltos los cabellos viene,
Desnudo el pie torneado,
Y el albo cuerpo velado
En rozagante cendal.

Sin duda quiere en las aguas
Templar el ardor de Enero;
Por eso al rayo primero
Dejara el paterno hogar.

Llega á la orilla y se para;
Que frío el líquido siente;
Córtale luego impaciente
Como veloce alción.

Mirábala yo embebido
Perderse en alegre juego,
Y sobre las aguas luego
Húmedo el cuello mostrar.

Dichoso el mortal, la dije,
Que amor encuentre en tus ojos:
Disiparás sus enojos,
Como las nieblas el sol.

Vivir en la tierra ingrata
De un ángel de paz al lado,
Para, en su seno, arrullado,
Dormir, exento de afán;

Beber el hálito suave
Que exhala inocente boca,
Cuando el halago provoca
Con sus palabras de amor;

Mirar el rostro sereno,
Contino de la hermosura,
Que á ser del hombre ventura,
Predestinada nació,

El porvenir es, sin duda,
Que aguarda, niña hechicera,
Á quien la diestra sincera
De virgen esposa des.

Mas ¡ay! si á lazos profanos
Sujetas el débil cuello,
Verás, cual vano destello,
Nacer la dicha y morir.

Que amarga pena se abriga
Por siempre, niña, en el pecho,
Si cae una vez deshecho
Muro, que alzara el pudor.

Huye del hombre engañoso
Las seductoras miradas;
Que van en ellas mezcladas
Venturas y perdición.

Así la rosa, que aromas
Esparce en el prado ameno,
Perece si el tierno seno
Hieren los rayos del sol.

Deja las aguas, incauta;
Vuelve á tu pobre morada,
Y allí, del mundo olvidada,
Amor y dicha hallarás.

Crece en el bosque sombrío
La ruborosa violeta,
Y nunca mano indiscreta
La roba al suelo feliz.

1840.

Á UNA ESTRELLA.

Pálida estrella que mi frente hieres
Con luz escasa, mientras en blando lecho
Busco á los males que mi ser devoran
Bálsamo en vano.

¿Por qué te ostentas solitaria en medio
Del negro manto que la noche tiende,
Pábulo dando á las que abriga el alma
Locas ideas?

¿Eres la virgen del amor primero,
La casta virgen que en el labio puso
Trémulo beso, y á mi fe robara
Lívida muerte?

¿Eres el ángel que en mi guarda vela
Y ansiosa vienes á calmar la mente,
Secando el lloro que arrancó á mis ojos
Mundo engañoso?

Querub, acaso, del celeste coro,
De allí te apartas para dar consuelo
Al que en estrecha y solitaria cárcel
Mísero gime.

Tal vez al hombre que del suelo patrio
Lejos arroja su infeliz destino,
Traes en tu lumbre de perdidos bienes
Grato recuerdo.

En ti la imagen de la amante esposa,
En ti la faz del adormido hijuelo,
Ó el rostro amigo de la anciana madre
Plácido mira.

Al nauta guías que los mares hiende,
Al indio rudo que el desierto corre,
Y al verte augura bonancible día
Yerto el mendigo.

Mas ¡ay! velada por opacas nubes
Tu luz perece, macilenta estrella,
Y el pecho mío, por doquier te busca,
Présago late.

Ingratas voces que al oído llegan
Astro te dicen de mi frágil vida,
Que mustia brilla, y el sepulcro espera
Luego en su seno.

MAÑANAS DE ESTÍO.

I.

De la loma al pie una fuente
De hermosura peregrina,
Bajo sauces lagrimosos
Deja ver su clara linfa.

En sus márgenes de grama
Reclinada está una niña,
Sonrosada, blanca y bella
Cual la aurora que la mira.

De su cuello y su cintura
Las lazadas descendidas,
En el seno contorneado
Blando abrigo halla la brisa.

Sin gustar de la frescura
Con que el agua la convida,
Por sobre ella prestamente
El desnudo pie desliza.

Alza á veces puras gotas
Que al caer forman mil prismas,
Dando paso á los destellos
Que el naciente sol envía.

La flotante cabellera
En los hombros se ensortija;
Ya los besa, y ya se aparta
De las auras impelida.

En la fuente acaso toca
Y fugaz el agua riza,
Cual las alas presurosas
Del alción que allí se anida.

En sus manos tiene un ramo
La rosada y blanca niña,
De marchitos azahares
Y cerradas margaritas.

Le contempla; dentro el agua
Deja el pie, que el frío eriza,
Y risueños pensamientos
En su bella faz se pintan.

De los ojos renegridos
Se humedecen las pupilas,
Y halagüeños como nunca,
Con no visto fuego brillan.

¿Qué tendrá, pues, ese ramo
Que la pone así festiva?
¿El enlace será, acaso,
De azahar y margaritas?

Es que ayer á la alborada,
Al venirse, aun adormida,
Á bañarse en esa fuente,
Cuyas aguas hoy esquiva,

Halló el ramo atado á un sauce
Con celeste-blancas cintas,
Sujetando al mismo tiempo
Unas décimas sentidas.

Que es á ella á quien han sido
Estas trovas dirigidas,
Duda, cierto, no le queda;
Mas ¿por quién fueron escritas?

No lo sabe, aunque sospecha
Son de alguno cuya vista
Vió mil veces fija en ella
En los bailes de las trillas.

Y se cuenta que él la hizo,
No había mucho, compañía,
Al volver de unas carreras
Hasta el rancho donde habita.

La plateada luna, entonces,
Derramando luces vivas
Se mostraba con la madre
Del amor, toda encendida.